



IV
DIABLO
LORD OF HATRED

ALAS DE PESADILLA

LÓRAT

DE
JONATHAN MABERRY

HISTORIA
JONATHAN MABERRY

ILUSTRACIONES
LINDSAY KERNER

EDITORIAL
MEGAN WALKER

DISEÑO
SOPHIE ERB

DIRECCIÓN DE ARTE
ALEX CRESWICK

ASESORAMIENTO SOBRE LA HISTORIA
IAN LANDA-BEAVERS

ASESORAMIENTO CREATIVO
MATT BURNS, CASSIEL CHADWICK,
CHLOE FRABONI, ZAVEN HAROUTUNIAN,
DAVID LOMELI

PRODUCCIÓN
HANNAH MATTISON, BRIANNE MESSINA,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA, TRACY WANG

TRADUCCIÓN
JAVIER GÓMEZ Y NICOLÁS MANUEL TOSO
FERNÁNDEZ



© 2026 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los Estados Unidos o en otros países. Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor o del artista, o bien se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no tiene control alguno sobre los sitios web o los contenidos del autor o de terceros, y no asume responsabilidad por ellos.



Presta atención, pues soy la Reina Oráculo. Mi don es saber lo que es, lo que fue y lo que será.

Los sueños son un portal a la mente dormida, ese lugar oscuro donde ni ventanas cerradas ni pasadizos sellados pueden impedir que entre la verdad.

En los sueños pensamos, ansiamos, planificamos, creemos... y despertamos con la idea de que resolvimos todos los dilemas y descubrimos secretos sobre nuestro propio ser.

Ah, el universo se regocija con esa fe. Como si la melodía de los soñadores optimistas pudiera doblegar la realidad...

Mas no es en sueños donde se revelan las verdades. Nos esperan en los vericuetos enmarañados de las pesadillas.

Pero conllevan un costo.

Y vaya si es uno muy elevado...





LÓRAT

Lórat iba hacia donde la noche lo empujaba sin ninguna cortesía. Y a cada paso que daba, sabía que alguien iba detrás.

No lo seguía, pues la silueta bajo un manto de sombras no trataba de alcanzarlo. En cambio, la *cosa* lo asustaba tanto que él solo podía escapar. Tenía el arma de asta preparada, pero no se atrevía a empuñarla por temor a descubrir que aquello que lo acechaba no podía morir.

Lórat no era ningún cobarde. Había sobrevivido a muchas batallas, pero esta... *esto... era diferente*.

Y por eso huía, como lo había hecho durante días, tambaleante y sin dormir hasta que se topó con este poblado. Se alojó en la primera posada que vio, que tenía una pesada puerta de roble con refuerzos de hierro.

La sombra no entró, y eso le dio unos momentos de esperanza. ¿Había seguido su camino? ¿Acaso era solo un viajero cualquiera que iba por la misma senda? Pergeñó una mentira tras otra en un intento de convertir el horror en malentendido. Luego, mientras se preparaba para meterse bajo las pieles de la cama angosta que ocupaba, miró por la ventana una última vez para desestimar sus miedos.

Allí estaba *eso*. En el empedrado al otro lado de la calle, había un bulto amorfo y negro como las sombras bajo los aleros. Lórat no veía rostro alguno, tampoco destellos de piel o acero, solo tinieblas.

A la espera.

Lórat no tenía fe, ni Luz, ni nadie a quien rezarle. No había santos que pudieran escucharlo. Aun así, miró a la *cosa* y luego a la cara indiferente y pálida de la luna y pronunció dos palabras.

—Por favor.

Pero ni él sabía para quién o para qué las dijo.

Se fue a la cama, pero no encontró refugio. En su inquietud aparecía toda la gente a la que había decepcionado. Los amigos, los aliados, y todos aquellos que habían confiado en él y encontrado la ruina lo rodeaban como una congregación de asesinos. Lo apuñalaban con palabras en lugar de cuchillos y, aunque clamó piedad, no la tuvieron.

Lórat no podía recordar cuándo despertó de ese descanso inútil, pero se vistió y

volvió a adentrarse en la noche. Fue como si el cuerpo despertara antes que la mente y, para cuando recobró la consciencia, ya estaba en el límite del poblado y frente a la espesura desconocida. Las construcciones eran antiguas y estaban torcidas, como si hubieran brotado del suelo. Tenían los bordes ablandados por el moho, y las tejas pendían de sus últimos clavos oxidados. Los postigos se abrían y cerraban a golpes como los pulmones de una bestia moribunda. Casi todas las ventanas superiores estaban a oscuras, salvo por algunas en las que un brillo amarillento delataba a alguien que se acurrucaba y trataba de sacar calor de donde no lo había.

—Ayuda... —murmuró a la calle vacía, con palabras cautas y a la vez ruidosas, demasiado torpes y disonantes.

Solo el cielo escuchó, y el peso de su indiferencia casi derrumbó a Lórat. No era su amigo, aunque otrora había prosperado bajo su amparo. Sus hermanos, los Horadrim, jamás habían temido a la noche. Habían sido antorchas de verdad y fuerza que ardían contra la oscuridad. La llama había ardido con brío, y junto a ese fulgor, los Horadrim habían empuñado bastones y pergaminos para defender Santuario.

Añoraba la luz y el calor de ese fuego.

Lórat no necesitó darse vuelta para ver que la criatura umbría aún lo acechaba.

—Por favor... —suplicó de nuevo, tal vez a la mismísima noche.


No sabía qué hacer y por eso siguió adelante.

Sentía los pies pesados, extraños y malformados. Las suelas de las botas se enganchaban en adoquines, bordillos y hasta en los contornos de las sombras. Trató de esquivar el viento, pero no había cómo escapar de él.


La cosa que iba tras sus pasos parecía irradiar su propio frío, que llegaba como una carga de caballería para asediario y lacerarlo con fillos de escarcha.

—*Déjame en paz*—gritó, y se volvió para ver que la silueta permanecía imperturbable.

Su próximo grito no tuvo palabras, apenas fue un sonido de terror y desesperación. Lórat trató de apresurarse. Lo intentó, pero fracasó. El viento aullaba con tanta furia que parecía invadirlo y hacer que olvidara cuánto tiempo llevaba a la intemperie sometido a ese frío terrible. Cuando se detenía, se aferraba al marco de una puerta o a un poste de atar mientras trataba de meterse aire caliente en los pulmones y miraba alrededor con desesperación. La gente emergía de la penumbra y seguía de largo. Algunos le dedicaban una mirada miedosa y apretaban el paso. Otros lo observaban con desdén como cuando se encuentra a alguien que cayó en desgracia. Algunos rostros



ANTE ÉL, TORCIDO
ENTRE LOS DESPOJOS
CENICIENTOS DE UN
BOSQUE QUEMADO, SE
ERGUÍA UN SOLO ÁRBOL
VIVO. ERA IMPOSIBLE,
PERO DE ALGUNA
MANERA, SU ANDAR SIN
RUMBO LO HABÍA TRAÍDO
HASTA EL ÁRBOL DE
LOS SUSURROS.



le resultaban conocidos, aunque dudaba de su propio juicio. Vio a otros Horadrim, pero todos llevaban las marcas de hojas, garras o hechizos; las heridas que los habían matado.

¿Sería alguna especie de magia? ¿Habría caído en la trampa de un hechizo?

Siguió caminando. El poblado se alejaba cada vez más a medida que subía por las colinas y trastabillaba entre desfiladeros oscuros. Entonces, una lucidez brutal lo golpeó y lo hizo detenerse por completo. Mientras vacilaba con la mirada fija, se quedó sin aliento ante lo que vio. Era algo que no podía estar ahí. Algo que él sabía que se encontraba muy, muy lejos.

Ante él, torcido entre los despojos cenicientos de un bosque quemado, se erguía un solo árbol vivo. Era imposible, pero de alguna manera, su andar sin rumbo lo había traído hasta el Árbol de los Susurros.

Retrocedió horrorizado.

—No —gritó—. No puedo estar aquí. No puedo haber llegado *tan* lejos.

El viento de medianoche se burló de él mientras lo rozaba.

Lórat miró a su alrededor con desesperación.

¿Por qué aquí? ¿Y por qué ahora?

¿No se había ofrecido a este árbol a cambio de un camino que llevara a la derrota de Lilith? Sí, pero solo había logrado empeorar todo. Mefisto, el Señor del Odio, se encontraba libre. Tanto sacrificio para que todo fuera aún peor.

Muchísimo peor. Pues el alma del mal merodeaba por el mundo. Sentía cómo ese peso incalculable lo arrastraba mientras daba pequeños pasos hacia el árbol.

Se dio vuelta y vio que la silueta sombría aún estaba ahí. Unos cien pasos más atrás, con una capa hecha jirones que flameaba en el viento gélido.

—*Me trajó hasta aquí* —pensó—. *Me hizo venir a este lugar terrible. Pero ¿por qué? ¿Qué quiere de mí?*

Sobre él, las nubes se abrieron para dejar que la luna derramara luz donde él estaba parado. Lórat sintió que el corazón le latía con la fuerza de unos puños helados contra las paredes del pecho. La realidad yacía a su alrededor en pedazos ensangrentados. Observó que estaba en una llanura de hierba gris y marchita, que parecía eternamente doblada y congelada en formas retorcidas. Unos ciempiés cinéreos se arrastraban entre la maleza con una lentitud desesperante. Había hongos anchos como escudos que se ladeaban torcidos sobre tallos abultados. Y el cielo tenía el color de un moretón reciente.

El Árbol de los Susurros estaba frente a él, con las ramas nudosas extendiéndose en todas las direcciones. De cada una de las extremidades del árbol colgaban frutos grotescos, grandes como calabazas, vagamente redondos y espantosos.

—*Ah, aquí está el viejo y solitario Lórat* —dijo una voz.

Él se dio vuelta como si esperara que fueran palabras de su perseguidor umbrío, pero en el fondo, *sabía* que la voz provenía del más cercano de esos frutos macabros.

Entonces, entendió que no era ningún tipo de fruto.

De cada rama pendía una cabeza humana. Ni muertas y ni ensangrentadas como trofeos de caza, estaban *vivas*. Formaban parte del Árbol de los Susurros. Sus lenguas macilentas eran las que hablaban. Y Lórat creía saber por qué.

—No —protestó—, aún no me llegó la hora. La guerra sigue.

Las cabezas colgantes soltaron una carcajada burlona y cruel. La sangre salpicaba desde las bocas y descendía desde los ojos en lágrimas escarlata.

—*¿Todos han abandonado a Lórat?* —susurró otra.

Una tercera lo miró con sorna.

—*Contemplan al que decepciona a todos en su camino.*

Lórat se tapó los oídos con las manos.

—No... no es v-verdad —tartamudeó.

—*Díselo a todos los que abandonaste a tu paso* —clamaron las cabezas.

—¡No! Cumplí mi juramento.

—*Díselo a Donan* —se mofó una de ellas—. *Pues le fallaste.*

—*Díselo a Neyrelle o a Tyrael* —se burló otra.

Y así siguieron, con los ojos bien abiertos y bocas que hablaban con voces perturbadoras. Lo condenaban por sus fracasos, que enumeraban uno a uno, y lo obligaban a recordar a cada persona cuya vida se había derrumbado por culpa de sus decisiones erradas. A causa de su arrogancia y exceso de confianza. Quienes habían creído en él solo para encontrar la ruina y la perdición.

A sus espaldas, Lórat escuchó a la criatura velada acercarse. ¿Qué era esa entidad? ¿La manifestación de la ira de todos aquellos a quienes había perjudicado? ¿La sombra de las muertes que había provocado? ¿La gente que había dejado atrás? ¿Las vidas que había estragado?

Sin saber por qué, Lórat tuvo la certeza de que la intuición no le fallaba. Estaba atrapado entre las consecuencias de sus actos y la certidumbre de su inminente perdición.



Aun así, encontró una última esquirla de coraje en su alma apaleada.

—No —rugió como respuesta a las cabezas y el espectro—. Les digo que *me enfrenté* a la oscuridad...

—*Díselo a Elias* —dijo con desprecio otra cabeza, ante lo cual Lórat se horrorizó al ver que era el mismísimo Elias.

Mejor dicho, su cabeza y su cuello cercenados y sanguinolentos. Elias, con un fuego acusador en la mirada.

—Escúchenme —suplicó Lórat—. Hice mi mejor esfuerzo por...

Todos y cada uno de los horrores innumerables lo hicieron callar, acribillándolo con la misma acusación cortante. —*¡Díselo a Neyrelle!*

—¡No, no, *noooo!* Lórat les gritó que se callaran, que le prestaran atención.

Que tuvieran piedad.

Las cabezas se callaron, pero Elias no apartaba la vista de él.

—*Ah... no te preocupes, Lórat. El resultado de tus decisiones te alcanzará en breve.*

—No, por favor...

—*Pronto estarás aquí.*

—Por la justicia que queda en el mundo, no.

—*Aquí conmigo... con todos nosotros...*

—¡No, no, no!

—*Pronto* —susurró Elias—. *Muy pronto... mira...*

A pesar del terror que le inundaba el pecho, Lórat miró. Sabía que no debía, que no le haría ningún bien, pero lo hizo de todos modos. Y allí, pendiendo de una rama bajo todas las cabezas, vio el fruto más espeluznante que se mecía con el viento helado.

Era su propia cabeza. Colgaba con la boca abierta, la piel grisácea y la mirada plagada de un terror ineludible ante el fracaso absoluto. Lórat se dio vuelta y vio que el espíritu de la venganza levantaba los brazos, estallaba y se transformaba en una bandada de cuervos negros como la noche. Volaron sobre él y lo azotaron hasta que cayó de rodillas.



Lórat gritó para salir de ese lugar terrible.

Gritó para surcar los mundos de las tinieblas.

Gritó para volver a la cama de la posada miserable donde había estado dormido todo el tiempo.

Se giró y vio un cuervo posado frente a la ventana. Tenía los ojos negros como la noche, pero en ellos ardía un fuego helado.

Lórat sacó el cuchillo que tenía bajo la almohada y se abalanzó sobre la criatura para apuñalarla con un odio y un miedo tan intensos que la hoja se hundió hasta la mitad en el alféizar.

Pero el pájaro voló hacia la negrura.

Mientras volvía a recostarse, oyó un ruido que surcaba el cielo de medianoche. Era el graznido del cuervo, que parecía reírse de él. Lórat pensó que sentía el calor del fuego y el hedor del azufre, como si los Infiernos le hubieran lanzado un beso burlón.



Y así queda a la vista.

Nadie, ni los eruditos, ni los monarcas, ni los guerreros, son verdaderamente dueños de su alma. Nadie se libra de las consecuencias del conocimiento. Nuestras acciones nos atormentan a todos. Con cada elección, avanzamos por nuestro camino. Cada decisión, aunque la sepamos correcta, corta como un cuchillo. Por esas heridas se desangran la esperanza y la pureza. Con cada tajo, dejamos que la corrupción nos entre en el cuerpo.

Y sin embargo...

Algunas mentes son más difíciles de corromper. Para bien o para mal... ¿quién sabe?

Despierto de mis sueños... y de mis pesadillas. Aparto la vista del terror, pero todavía lo veo. Todavía lo sé. Las palabras se me caen de los labios.

Algo se acerca, así lo afirmo. Y en los árboles de afuera, mil aves nocturnas chillan asustadas. Algo terrible se acerca...



BIOGRAFÍA DEL AUTOR

JONATHAN MABERRY es un escritor autor de grandes éxitos comerciales del *New York Times*, cinco veces ganador del Premio Bram Stoker, cuatro veces ganador del Premio Scribe, ganador del Premio Inkpot y autor de más de cincuenta novelas, además de editor de treinta antologías. También es escritor de cómics, poeta, productor ejecutivo y profesor de escritura. Sus libros de *V-Wars* se convirtieron en una serie original de Netflix; su novela *Rot & Ruin* está en proceso de adaptación cinematográfica con Alcon Entertainment; y sus thrillers de *Joe Ledger* se están adaptando para televisión a cargo de Chad Stahelski, director de la saga de *John Wick*. Escribe terror, ciencia ficción, fantasía, aventura, suspenso y mucho más. Es presidente de la Asociación Internacional de Escritores de Medios de Comunicación y editor de la revista *Weird Tales*. Lo encontrarás en jonathanmaberry.com.